

# Menglung Feng

## EL TORDO QUE COSTO SIETE VIDAS \*

Nadie ha escrito más que los chinos. La literatura de China es la de mayor volumen en el mundo. Sin embargo en las enormes colecciones que pasaron de dinastía en dinastía, el cuento y la novela fueron punto menos que ignorados.

La escritura china fue el instrumento de una cultura elitista, de hombres de gobierno interesados básicamente en cuestiones de administración, moral y ética. No había lugar en las bibliografías gubernamentales para una literatura que relatase anécdotas e imágenes de la vida popular. Como máxima expresión estética de magistrados artistas, la poesía y la filosofía fueron las dos literaturas que por dos mil años la tradición sancionó como legítimas.

Por otro lado, la escritura ideográfica pronto divorció el arte de escribir del habla cotidiana hasta producir entre los dos lenguajes diferenciación tal que la existente entre latín y lenguas romances diríase solo de estilo. La habilidad para leer los textos tradicionales fue privilegio de muy pocos en China.

Al mismo tiempo y bajo el agua, para los años de la dinastía Ming (1369-1643) la literatura vernácula alcanzó un florecimiento espléndido. Magistrados y académicos, desde los inflexibles confucionistas de la época hasta Mao Tse-tung, han encontrado en esa literatura popular un descanso indispensable en la tediosa tarea de memorizar los textos escleróticos de los clásicos oficiales. Y todo esto a escondidas.

Desde el punto de vista oficial, las novelas y relatos escritos en lengua vernácula no eran más que "shiao shuo" 小说, conversación propia de mercaderes, no apta para las refinadas mentes de los mandarines. En la práctica, todo buen intelectual chino tenía su biblioteca de "conversas populares" con frecuencia escritas por colegas protegidos bajo seudónimos. No fue sino hasta el advenimiento de la república en 1911 que la práctica de leer literatura popular fue socialmente aceptada.

El origen de la literatura popular se encuentra en una tradición oral de varios siglos. Para el año 1600, el relator de historias era toda una institución en China. Caminando de pueblo en pueblo con una colección gigantesca de sucesos bien clasificados en la cabeza, el relator era bienvenido en mercados y tabernas. Había especialidades: historias de amor, de guerra y aventuras, de crimen y de terror. Un buen cuentista podía manejar una centena de personajes y mantener el relato vivo por varios días.

Es factible que el relator se sirviese de un guión, redactado en lengua vernácula y muy conveniente para refrescar la memoria e instruir pupilos. Se dice que el magistrado Menglung Feng<sup>1</sup> hizo de coleccionar esos libretos un pasatiempo predilecto. Feng fue un intelectual metido a gobernante y que como prefecto de una comunidad tranquila encontró tiempo para editar y publicar novelas y piezas teatrales. En 1620 o 1621 con sus colegas

de un club literario (El Club de la Tinta Loca) preparó la edición de una colección de libretos. La selección apareció con el nombre de "Relatos antiguos y nuevos" (Gu jin shiao shuo) y constó de cuarenta historias. *El tordo que costó siete vidas* es una de ellas. La historia del tordo data del siglo doce y parece ser que Feng la reprodujo tal como apareció en el texto antiguo.

Antes de leer este extraordinario cuento, es conveniente conocer algo del estilo del relator de historias. Para este literato trashumante el contar cuentos era el *modus vivendi*. De satisfacer a un público experimentado dependía el arroz del día. Al mismo tiempo, enfadar a las autoridades equivalía a ir a dar a una cárcel. Estas dos premisas fundamentaron el arte del buen relator.

Para mantener el interés del público, la historia, si era de amor, necesitaba descripciones picantes y lo más explícitas posibles; si el cuento era policíaco tenía que retratar al criminal y su no muy edificante conducta. Lo crítico corría el peligro de ofender la mentalidad confucionista del gobierno y el buen éxito de un asesino podía aparecer como corrupción de las masas a los ojos del magistrado local.

Para evitar líos con la justicia, la moralidad tradicional debía ser reforzada con la recitación, a intervalos, de moralejas y llamados a la conciencia del auditorio. De paso se rompía con esto la continuidad del relato; había entonces tiempo de pasar el sombrero y hacer entender que si se deseaba conocer el siguiente episodio, más valía cooperar con unas monedas. Para evadir el enojo de las autoridades lugareñas, el relato situábase en sitio a prudente distancia, pero lo suficientemente familiar como para que el auditorio identificase puentes, cerros y demás.

Con eso de que la gente tenía que continuar con sus quehaceres, era fundamental repetir periódicamente un resumen del argumento, para que los recién llegados no se sintiesen incómodos. Pero cuando se trata de oír historias, los chinos tienen paciencia que hace honor a la fama, así que las anécdotas podían hilvanarse una tras otra de acuerdo con el lugar y momento. Todavía hoy día en Formosa y Singapur cuando llega la ópera callejera, el público, provisto de toda clase de refrescos y tentempiés muy a propósito dada la ausencia de sillería, llueva o truene sigue el relato por cinco horas al aire libre mientras niños y perros van y vienen.

El cuento policíaco compartía con la historia de amor la predilección del público chino. Comúnmente, es un detective quien resuelve el crimen central de la trama. En China el magistrado y sus hombres estaban obligados a encontrar y castigar al criminal y con frecuencia el juez mismo se convertía en un Sherlock Holmes de primera. A diferencia del género occidental, el interés del relato consiste en la captura del

\* Un cuento policíaco chino del siglo XVII traducción de Jorge Alberto Lozoya.



criminal, más que en descubrir su identidad.

En *El tordo que costó siete vidas* lo diabólico del destino y la presencia obsesionante del canario recuerdan a Edgar Allan Poe, quien escribiría de estas cosas siglos después. Para el lector de occidente el relato permite una ojeada en el mundo de la justicia en China, con el uso legal de la tortura y el delicado equilibrio entre poder local e imperial. Feng —o el relator que escribió el texto antiguo— logra un retrato vívido de los personajes atrapados más allá de su voluntad en una historia de horror. Esta cualidad hace aparecer el texto Ming contemporáneo y palpitante.

Al preparar esta traducción de *El tordo que costó siete vidas* utilicé una edición que quienes saben de esto, clasifican entre las mejores. Es una fotocopia de una antigua publicada en el Japón. La fotocopia apareció en Formosa en 1958 con la firma de la casa editora Shrije Shuju.

Existen dos traducciones inglesas de este cuento, una por

John Bishop (*Master Shen's Bird Destroys Seven Lives*) y otra por Cyril Birch (*The Canary Murders*).<sup>2</sup> Consulté ambas en la preparación del texto español. Al traducir pretendí reproducir el efecto que el estilo produce en el lector chino, más que redactar un texto literal que, en el mejor de los casos, sonaría exótico a los oídos del lector extranjero.

Los chinos se valen del refrán con frecuencia igual a la de quien habla castellano. Así que cuando el texto dice, por ejemplo: “la vista del tesoro produce el motivo”, traduje “de la vista nace el amor”, pues el uso es el mismo. Las moralejas casi siempre resultan en versos de siete símbolos chinos. Preferí aquí la imagen al metro. El pájaro de que se trata en el relato es un tordo que en la literatura y el folklore chinos es muy popular. Es muy apreciado y se cultivan variedades canoras de ese pájaro, tal como entre nosotros existe, por ejemplo, la cría de canarios. Eso explica que Birch haya trasladado en su traducción “tordo” por “canario”.



¡Ay tribulación! siete vidas perdidas;  
Aprended pues todos la trágica lección:  
No dejéis que hijo o hija del hogar se ausente.

Se dice que en el año 1121, el tercero del período Hsuan-ho del reinado del emperador Hui Tsung —el de la gran dinastía Sung—, había un tejedor llamado Shen Yu que vivía en la prefectura de Hai Ning en Hangchou, bajo el Nuevo Puente del Norte, más allá de la Puerta de Wu Lin.

Pi Sien era el nombre de cortesía de este Shen Yu, hombre de familia de bien casado con la señora Yen. Aunque amábase con devoción, la pareja sólo tuvo un hijo, al que llamaron Shen Siu. Shen Siu para entonces contaba dieciocho años de edad y aún no había escogido esposa.

Para ganar el sustento, el padre dependía sólo de hilar tejidos de seda y satén. Nunca pensó que Shen Siu había de descuidar el

oficio para dedicarse a la vagancia, la disipación y ¡la cría de tordos! Los padres amaban tiernamente al que era su único vástago, de ahí que no intentasen corregir sus desmanes.

Los vecinos pusieron al joven el mote de *Shen el pajarero*. Día a día al alba, Shen tomaba uno de sus tordos y entrando en la ciudad se dirigía rápidamente hacia el parque de sauces para cruzar apuestas con los que traían otras aves. Del fin de la primavera al principio del verano, cuando el clima no es ni muy caluroso ni muy frío, cuando las flores son rojas y los sauces verdes, un día no transcurría sin que esto sucediese.

He aquí que en una ocasión, Shen Siu para el alba ya estaba en pie. Se lavó, comió un bocado y preparó una jaula poniendo en ella uno de sus insuperables tordos. Este pájaro más parecía ave celestial que de este mundo. Cuando lo llevaba a competir, ningún tordo derrotaba nunca a tan singular ave. El tordo le había hecho ganar en apuestas más de cien monedas, de ahí que lo tuviese en



mayor estima que a su propia vida. Shen Siu le tenía en jaula de laca de oro con gancho de bronce, cubierta de gasa de seda verde y trastos para agua y alpiste de cerámica de Geyao.

Esa mañana, el joven tomó la jaula y muy orgullosamente entró de prisa en la ciudad dirigiéndose al parque de sauces con la idea de competir con su tordo. ¿Quién había de decir que el tal Shen Siu iba a una muerte segura? Igual que

cochino o cordero que va para el rastro, camina y camina rumbo al matadero.

En esta ocasión, cuando Shen Siu llegó al parque de sauces, era más tarde de lo que pensaba. Competidores y tordos habían ya partido. El lugar estaba desolado y brumoso, sin alma a la vista.

Shen Siu, viendo que se encontraba solo, colgó la jaula y tordo de la rama de un sauce, a lo que el pájaro se puso a cantar. Poco rato después el joven, fastidiado y aburrido, descolgó la jaula y ya se disponía a regresar cuando de repente un terrible dolor le atacó las entrañas de manera tan violenta que allí cayó cuan largo era.

Lo que sucedió es que Shen Siu hacía tiempo sufría de lo que llaman “puddín de tripa” o hernia. Cada ataque casi lo mataba y seguramente como ese día se había levantado tan temprano para llegar y no encontrar a nadie, la contrariedad y la tristeza hicieron que el ataque fuese más fuerte que de costumbre. El hecho es que se desplomó al pie de un sauce y ahí quedó sin saber de sí por un par de horas.

Ahora, ¿quién va a negarme que existen coincidencias? Ese mismo día un tinajero llamado Chang Gung tenía que cruzar el parque de sauces con garrocha y barril al hombro rumbo a la casa de los Chu para hacer un trabajo.

A lo lejos, el tinajero distinguió que había alguien al pie de un sauce. En un dos por tres se acercó y poniendo garrocha y barril en el suelo, vio que el pobre Shen Siu yacía sin sentido y más amarillo que la cera. Shen Siu no llevaba nada de valor encima pero a su lado estaba el tordo en la jaula. El pájaro escogió el momento para trinar más bonito que nunca y como “de la vista nace el amor” y “el hambre es mala consejera”, Chan Gung se dijo: “Yo trabajo todo el día para ganar dos céntimos de plata y ¿de qué me sirven?”

El tal Shen Siu debe haber estado predestinado a morir ese día, porque al ver a Chang Gung el tordo cantó de manera aún más hermosa. Chang pensó: “No tiene objeto tomar el resto, pero este tordo vale de menos dos o tres onzas de plata.” Ya se llevaba la jaula cuando, para su sorpresa, Shen Siu volvió en sí y abriendo los ojos vio a Chang Gung jaula en mano. El joven trató de incorporarse pero al no lograrlo no le quedó más que exclamar: “¿Adónde crees que vas con mi tordo, pedazo de tortuga?”<sup>3</sup>

“Este perro ladra demasiado” pensó Chang Gung. “Si me llevo el tordo y el tipo se levanta estoy en un aprieto. De todos modos esto es un lío y como dicen que ‘no dejes para mañana lo que

puedes hacer hoy’...”. Sacó de su barril un cuchillo curvo y de un tajo le cortó la cabeza a Shen Siu. El cuchillo era filoso y la fuerza de Chang Gung considerable, así que la cabeza rodó por el suelo.

Poseído por el pánico, Chang miró a diestra y siniestra temeroso de que alguien anduviese por ahí. Fue entonces que al levantar la vista descubrió un tronco hueco. Rápidamente recogió la cabeza y la puso en el agujero. Acto seguido, regresó el cuchillo al barril y colgó la jaula de la garrocha. Ya no fue a casa de los Chu sino que como nube de humo desapareció por calles y callejones hasta llegar a donde ya en un momento se enterarán.

¿Cuántas vidas se perderán por culpa de este tordo! No cabe duda que

los secretos de los hombres  
como truenos los oyen en el cielo;  
para un corazón culpable en cuarto oscuro  
relámpagos son los ojos de los dioses.

Mientras caminaba, cierta idea cruzó la mente de Chang: “En una posada de Huchou Su” se dijo “he visto a un mercader que frecuentemente compra aves y mascotas. ¿Por qué no ir allá y venderle el canario?” Y derecho se fue para ese barrio, saliendo por la Puerta de Wu Lin.

Algo terrible estaba de seguro predestinado en una vida anterior, porque antes de llegar he aquí que vio a tres mercaderes y sus dos ayudantes —cinco hombres en total— que empacaban su mercancía preparándose a abandonar la ciudad precisamente por la Puerta de Wu Lin.

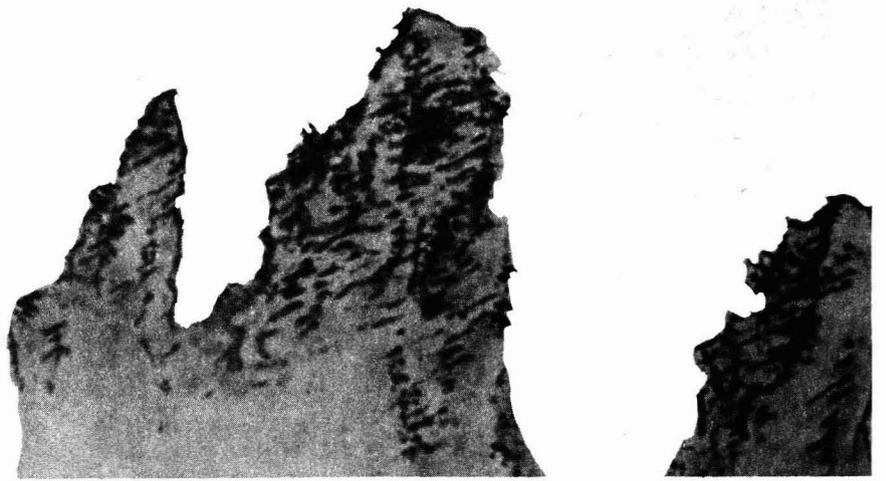
Estos mercaderes eran todos de Pien-liang, la capital oriental. Uno de ellos se llamaba Li Chi y era mercader en hierbas medicinales. Este Li Chi siempre había sido aficionado a coleccionar tordos y al ver el bello ejemplar colgando de la garrocha de Chang Gung, llamóle para que le dejase ver el ave.

Chang Gung depositó la garrocha en el suelo y el mercader examinó el plumaje y los ojos del tordo, percatándose de su excelencia. El trino era también muy hermoso y el mercader apenas cabía en sí de gusto.

“¿No quieres venderlo?” preguntó a Chang. A estas alturas, lo único que Chang Gung deseaba era deshacerse de la prueba de su crimen, así que dijo: “¿cuánto me daríais por él, señor?” Como Li Chi mientras más examinaba el tordo más le gustaba, respondió: “Te daré una onza de plata.”

Chang Gung se dio cuenta de que la operación era un hecho: “No quiero regatear, pero estimo mucho a este tordo. Con todo, si me dais un poco más os lo venderé.” Li Chi sacó tres piezas de plata y pesándolas vio que era más de una onza y dos décimos. “Aquí tienes” dijo, dándolas a Chang.

Chang Gung tomó la plata y examinándola la puso en su talega. Acto seguido hizo entrega del tordo y desapareció. “Buena cosa fue deshacerse de la prueba” dijo para sí, y ya no fue a realizar



labor alguna sino que apresuróse a regresar a casa. Con todo, su corazón estaba inundado de graves temores. No cabe duda que de cielo y tierra tiene miedo el malhechor, a dioses y espíritus teme su ruin corazón.

La casa de Chang Gung se encontraba al pie de la muralla, no lejos de la Puerta de Yun Chin. En ella vivía solo con su esposa, pues no tuvieron prole. Al verle regresar, su mujer dijo: “¿No has usado ni un solo pedazo de bambú: ¿Tan temprano y ya de vuelta? ¿Pasó alguna desgracia?”

Chang una palabra no dijo hasta que hubo entrado en la casa, descargando la garrocha y dado vuelta al cerrojo de la puerta principal; finalmente respondió: “Ven aquí mujer que tengo algo que contarte.” Relató entonces lo ocurrido concluyendo: “Así obtuve hace justo un momento esta onza y dos décimos de plata. Te los doy para que los uses como te plazca”, con lo que los dos no cupieron en sí de alegría.

Pero basta de esto que no nos interesa. Mejor volvamos al parque de sauces por donde no pasó ni alma hasta cerca del mediodía, cuando dos campesinos cargados de estiércol tuvieron que cruzarlo. Al ver que un cadáver sin cabeza obstruía su paso, se llevaron tal susto que sus gritos de pánico pronto llamaron la atención del guardián del barrio<sup>4</sup> y de todo el vecindario. El guardián sometió el asunto al jefe del distrito y éste a su vez se refirió al jefe de la prefectura, con lo que al día siguiente un médico legista y otros funcionarios se presentaron en el parque para realizar una investigación.

El cadáver no tenía herida alguna, sólo faltaba la cabeza. Hasta entonces nadie había presentado una demanda legal. Los funcionarios rindieron su informe a la prefectura donde se emitió la orden de arrestar al criminal. En la ciudad y en los suburbios todo era ir y venir de rumores.

Pasemos ahora a relatar cómo, llegada la noche, los padres de Shen Siu viendo que éste no regresaba mandaron sirvientes en su busca en las cuatro direcciones, pero todo en vano. Bien temprano al día siguiente, cuando los sirvientes entraron en la ciudad siempre buscando a Shen Siu, en Hu Chou oyeron del cadáver sin cabeza encontrado en el parque de sauces. Al oír tales nuevas, la madre de Shen Siu pensó: “Mi hijo fue a la ciudad ayer para competir con su tordo. Desde entonces no sabemos nada; sin duda se trata de él.” Inmediatamente dijo a su esposo: “Debes ir a la ciudad ahora mismo y averiguar qué ocurre.”

Muy alarmado, Shen Yu se dirigió de prisa al parque de sauces. Ahí vio el cadáver sin cabeza y tras revisar cuidadosamente las ropas y reconocer que eran las de su hijo, rompió en sollozos. El guardián del barrio exclamó: “He aquí la identificación del cadáver, pero aún no tenemos al asesino.”

De inmediato Shen Yu fue a presentar su demanda ante el prefecto de Lin An, a quien dijo: “Es mi hijo. Ayer temprano por

la mañana fue a la ciudad a competir con su tordo. No sé cómo o por qué fue asesinado. ¡Demando justicia, su Excelencia!”

La prefectura envió patrullas y detectives a toda la región, con órdenes de arrestar al criminal en un período de diez días. Por su parte, Shen Yu recibió instrucciones de preparar en el parque de sauces un ataúd para el cadáver. De ahí se fue directo a casa y dijo a su esposa: “Es nuestro hijo. Ha sido asesinado, pero nadie sabe qué ha pasado con la cabeza. He presentado demanda formal en la prefectura y se han enviado patrullas en las cuatro direcciones para arrestar al criminal. Se me ha ordenado comprar el ataúd, ¿qué más puedo hacer?”

Al oír semejantes nuevas la señora Yen dio un grito terrible y cayó al suelo desfallecida, sin saber de sus entrañas, los cuatro miembros sin movimiento,

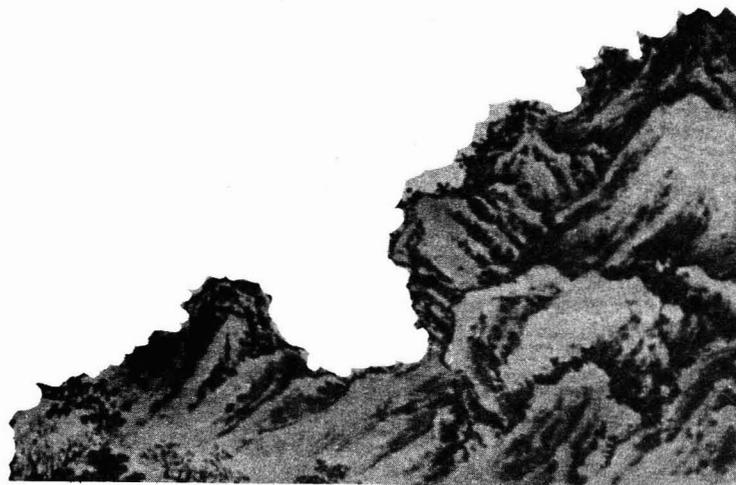
el cuerpo exhausto como luna al alba,  
medio escondida tras la montaña;  
el resuello débil como la lámpara  
seca ya de aceite a la madrugada.

Pronto la revivieron haciéndole tragar sopa caliente. La señora, una vez vuelta en sí, bañada en lágrimas se lamentó: “Mi hijo no escuchó nunca las palabras de gente de bien. ¡Ahora yace ahí muerto y nosotros sin poder enterrarlo: <sup>5</sup> ¡Oh hijo mío, tan joven y asesinado de manera tan cruel! ¡Quién había de decir que en mi vejez carecería yo de apoyo y descendencia!” Una vez dicho esto, soltóse de nuevo a llorar y de nuevo a decir: “¡No volveré a comer ni a beber!”

Su marido hizo todo lo posible por consolarla y de una manera u otra transcurrió toda una quincena sin noticias. Entonces Shen Yu y su mujer empezaron a discutir la cuestión: “Nuestro hijo se negó a seguir lo que le enseñamos y he aquí hoy la terrible tragedia de su muerte, sin que podamos encontrar al criminal. Ante el hecho consumado, ¡si al menos su cadáver estuviese completo! Lo mejor que podemos hacer es redactar un anuncio informando a los cuatro vientos que habrá recompensa para quien descubra la cabeza, de manera que el cadáver no permanezca mutilado.”

Tras tomar esta decisión, al momento escribieron copias del anuncio y las pegaron por toda la ciudad. El tal anuncio, dirigido a todos los habitantes, ofrecía mil dineros a quien descubriese el paradero de la cabeza de Shen Siu y dos mil para quien aprehendiese al asesino.<sup>6</sup>

Los padres informaron de lo anterior a la prefectura y las autoridades dictaron nuevas órdenes a las patrullas dándoles otro plazo para arrestar al criminal. Por su parte el prefecto publicó un anuncio oficial que decía: “Recompensa oficial de quinientos dineros para quien descubra el paradero de la cabeza de Shen Siu. Mil dineros para quien aprehenda al asesino.” Dejemos a la ciudad en pleno revuelo tras la aparición de



semejantes anuncios y veamos cómo al pie del cerro de Nangao vivía un viejo pordiosero de nombre Huang al que todos apodaban *Viejo Perro Huang*. El infeliz era un ignorante que toda su vida no hizo sino cargar palanquines. Con la edad perdió la vista por lo que para su sustento dependía completamente de sus dos hijos apodados *Gran Apoyo* y *Pequeño Apoyo*. Los tres no tenían ropas suficientes para cubrirse ni comida para no estar hambrientos.

Un día, Viejo Perro Huang llamó a Gran Apoyo y a Pequeño Apoyo y les dijo: “Por ahí oí decir que un rico llamado Shen Siu fue asesinado y no encuentran la cabeza. Dicen que al que la descubra la familia le dará una recompensa de mil dineros y el prefecto otra de quinientos. Los he llamado para que me escuchen sin replicar. A estas alturas soy un viejo inservible, ciego y sin fortuna así que he decidido darles a los dos la oportunidad de vivir mejor. Esta noche córtenme la cabeza, escóndanla en el agua a la orilla del lago poniente y en unos cuantos días no habrá quien la reconozca. Llénenla entonces a la prefectura y reclamen la recompensa. Así ganarán mil quinientos dineros en vez de seguir con esta vida miserable. Es un plan de lo mejor y no deben perder tiempo, pues no vaya a ocurrírsele a otro hacer lo mismo y ahí se fue mi vida para nada.”

El tal Viejo Perro habló así porque estaba harto y desesperado. Por su parte, los hijos eran verdaderos idiotas que nada entendían de leyes. No cabe duda que

la boca es puerta de desgracias,  
la lengua cuchillo de verdugo.

Cierra la boca con la lengua dentro  
y vivirás cien años de tranquilidad.

Tras semejante conversación, el par salió a discutir la cuestión. “Estupendo plan el del viejo” dijo Pequeño Apoyo “ni a un general se le habría ocurrido semejante cosa, aunque es una lástima que tengamos que perder a papá”

Gran Apoyo, quien además de estúpido era cruel, comentó: “Bueno, de cualquier manera tarde que temprano se ha de morir. ¿Por qué no aprovechar la ocasión y darle una ayudadita? Podemos cavar un hoyo al pie del cerro y enterrarlo ¿ahí quién lo va a encontrar? Es lo que se llama ‘pearlos mientras el agua está caliente’ y ‘no dejar ni rastro’. Es el cielo quien manda en el corazón de los hombres; nosotros no lo forzamos, fue el viejo mismo quien lo sugirió.” Pequeño Apoyo añadió: “Muy bien, pero hay que esperar hasta que esté dormido y entonces ¡manos a la obra!”

Una vez de acuerdo, los dos hermanos muy satisfechos fueron a comprar a crédito dos botellas de vino. De regreso se pusieron tal borrachera junto con el padre que acabaron por perder el sentido. En la madrugada los dos hermanos despertaron y viendo al viejo dormido y roncando, Gran Apoyo tomó un cuchillo de carnicero de sobre la estufa y de un solo tajo le cortó el cuello al padre. De

prisa envolvieron la cabeza en un trapo sucio poniendo el bulto a un lado de la cama. Se dirigieron entonces al pie del cerro y cavaron un foso. Después llevaron el cadáver y lo enterraron. Antes del amanecer ya habían escondido la cabeza en el agua a la orilla del lago, cerca del Pabellón de Lotos, al pie de la colina de Nanping.

Quince días más tarde, fueron a la ciudad y vieron el anuncio. Primero se dirigieron a la casa de Shen Yu a quien dijeron: “Ayer estábamos los dos pescando camarones cuando vimos una cabeza humana a la orilla del lago cerca del Pabellón de Lotos. Creemos que es la cabeza de vuestro hijo.”

“Si lo que dicen es correcto” respondió Shen Yu “hay para vosotros una recompensa de mil dineros, ni un céntimo menos”. A esto, Shen ordenó preparar vino y viandas para ellos. Los hermanos lo llevaron directo al Pabellón de Lotos, al pie de la colina de Nanping.

Allí encontraron la cabeza medio enterrada en el lodo. Cuando la sacaron para examinarla fue imposible reconocer los rasgos, después de tantos días en el agua. Shen Yu asumió que, de no ser la de su hijo, ¿de quién más podía tratarse?

Shen Yu envolvió la cabeza en un paño y fueron el par a la prefectura, donde informaron haber descubierto la cabeza de Shen Siu. El prefecto interrogó repetidamente a los dos tipos. “La vimos cuando pescábamos camarones. No sabemos más”, fue la respuesta. El prefecto creyó su palabra y les entregó los quinientos dineros.

Los hermanos acompañaron a Shen Yu a llevar la cabeza al parque de saucos. Ahí abrieron el ataúd, pusieron la cabeza en los hombros del cadáver y lo clavaron de nuevo. Shen Yu condujo al par a su casa. La señora Yen al enterarse que la cabeza de su hijo había al fin sido encontrada, se sintió mucho más tranquila y al momento preparó vino y platillos para festejar a los hermanos.

Una vez recibidos los mil dineros de la recompensa los dos se despidieron. Con la plata construyeron una casa y compraron implementos de labranza y muebles. “De aquí en adelante no tendremos que cargar palanquines” se dijeron uno al otro “labraremos la tierra y recogiendo leña en las colinas podemos ganar algo al venderla”.

Pero basta de esto que no nos concierne. En verdad “como flecha vuela el tiempo, días y meses pasan cual la aguja del tejedor”. Varios meses transcurrieron sin noticia alguna. La prefectura poco a poco descuidó el asunto dedicándose cada día menos a la cuestión.

No digamos más sobre eso. Pasemos a ver cómo Shen Yu, que era maestro tejedor de la capital oriental, tuvo que ir allá para entregar un pedido de sedas. Una vez que sus tejedores completaron las respectivas cuotas, fue a la prefectura para obtener el permiso de partida. Poco después puso en orden sus asuntos caseros y se lanzó a la jornada. Por el simple hecho de que Shen Yu había de ver el



ave que una vez perteneció a su familia, este viaje resultará en la pérdida de otra vida. En verdad,

no busques bien malhabido

ni cometas acto malvado

pues en estos lares con la ley habrás de vértelas

y en el otro mundo, de ti se encargará el demonio.

Veamos cómo Shen Yu en su jornada comió cuando tuvo hambre y bebió cuando tuvo sed. De noche pidió posada y de mañana se puso de nuevo en marcha. Transcurrido más de un día llegó por fin a la capital oriental, donde hizo entrega de todas y cada una de las piezas de seda, recibiendo en cambio permiso para partir.

Pero he aquí que se dijo: “Tengo entendido que las vistas de la capital no tienen rival. Oportunidades como ésta no abundan. ¿Por qué no aprovechar e ir a echar un vistazo?” Así, visitó todos los sitios de interés por su historia o belleza natural y los monasterios tanto budistas como taoístas.

En eso andaba cuando por casualidad pasó frente a la puerta de la Pajarera Imperial. Shen Yu tenía debilidad por las aves y grande fue su deseo de echar una ojeada al lugar. Haciendo buen uso de una decena de monedas a la entrada de la pajarera, logró traspasar las puertas y curiosear un rato. De repente oyó un trino de tordo, singular por su belleza. Mirando al pájaro cuidadosamente descubrió que se trataba ni más ni menos que del tordo de su hijo, del cual nadie sabía el paradero.

El tordo al reconocer el rostro familiar de Shen Yu trino más bonito aún y se puso a saltar de un lado a otro en su jaula dirigiendo la cabeza hacia Shen Yu. Sólo ver el ave hizo a Shen Yu recordar a su hijo. Los ojos se le llenaron de lágrimas y el corazón de tristeza. Olvidando donde se encontraba, Shen Yu se puso a gemir y a gritar desesperadamente: “¿Por qué tuvo que ocurrir semejante cosa?”

El guarda encargado de la pajarera exclamó: “He aquí un zonzo que no conoce los reglamentos. ¿Dónde crees que estás, dando semejantes gritos?” Shen Yu sin poder contener su pena, se puso a gritar en voz todavía más alta. Temiendo verse envuelto en un lío, al guarda no pudo ocurrírsele sino arrestar a Shen Yu y enviarlo ante la Gran Corte.

El juez de la Gran Corte preguntó indignado: “¿De qué lugar venís que os atrevéis a entrar en terrenos dedicados al uso imperial y provocar semejante alboroto? Si tenéis alguna pena, explicaos con claridad cual conviene a persona honesta y seréis puesto en libertad.”

Shen Yu relató de principio a fin cómo su hijo fue asesinado al ir a competir con su tordo. El juez de la Gran Corte quedó atónito al escuchar el suceso y recordó que el ave había sido un obsequio a manera de tributo de parte de Li Chi, residente de la capital. ¿Quién iba a imaginar que detrás de ello había asunto de tal

magnitud!

El juez mandó emisarios con orden de arrestar a Li Chi y traerlo de inmediato ante la corte. Comenzó entonces el interrogatorio: ¿Cuál fue el motivo por el que asesinasteis al hijo de este hombre en Haining trayendo luego su tordo para presentarlo como tributo? ¿Rendid confesión clara y precisa o seréis castigado cual corresponde!”

Li Chi respondió: “Había yo estado en Hangchou en viaje de negocios y me disponía a partir por la puerta de Wulin cuando casualmente vi a un tinajero que llevaba una jaula con un tordo colgando de su garrocha. Al oír cantar al ave, me di cuenta de que se trataba de un tordo excelente, así que se lo compré por una onza y dos piezas de plata. Lo traje conmigo pero dado que era un pájaro en verdad excepcional, no me atreví a conservarlo, así que lo presenté como tributo para uso del Emperador. No sé absolutamente nada sobre ningún asesinato.”

El interrogador replicó: “¿A quién tratáis de culpar? Este tordo es prueba concreta. ¿Confesad la verdad!” Li Chi repitió suplicante una y cien veces: “La verdad es que se lo compré a un viejo tinajero. No sé nada sobre el asesinato. ¿Cómo había de atreverme a declarar en falso?”

A su turno el juez preguntó: “El viejo de quien lo comprasteis, ¿cuál es su nombre y dónde vive? Dadme la información exacta y de inmediato lo haré arrestar y conducir hasta aquí. Una vez averiguada la verdad se os pondrá en libertad.”

“Vuestro humilde servidor” dijo Li Chi “simplemente compró el tordo cuando tropezó con el viejo en la calle. En verdad no sé ni su nombre ni dónde vive”. El juez gritó enfurecido: “¿Estáis tratando de confundir la cuestión? ¿Esperáis acaso que otro pague por la vida de ese hombre? Este tordo es prueba irrefutable. El bribón no confesará a menos que reciba una buena paliza.”

Li Chi fue flagelado con el bambú hasta que las carnes se le abrieron como listones. El dolor era tal que no pudo más que inventar una historia diciendo que al ver lo fino que era el tordo, mató a Shen Siu y se deshizo de la cabeza. Con esto, Li Chi fue conducido a la prisión central y el juez de la Gran Corte preparó su informe al trono. A su tiempo, el decreto imperial leyó: “Sin duda Li Chi es el asesino de Shen Siu y el tordo es la prueba de ello. La ley requiere que sea ejecutado.”<sup>7</sup>

Shen Yu recibió el tordo y permiso de regresar a su lugar de residencia, mientras que Li Chi fue conducido al lugar de ejecución y decapitado. En verdad

cuando la carne de tortuga vieja no se ablanda

le echan la culpa a la leña verde.

Pero he aquí que los dos mercaderes que acompañaron a Li Chi en su viaje de negocios a Haining no podían dejar que el asunto terminase así. “Se ha cometido una terrible injusticia” decían “estaba claro como el día que el tordo fue comprado. Pudimos



haber intercedido, pero ¿de qué habría servido? Sin duda podemos reconocer al que le vendió el tordo, pero tampoco sabemos su nombre, aunque es seguro que está en Hangchou. Declarar ahora no sólo no sirve de nada sino que sin duda acabaríamos envueltos en la cuestión. Pero ¿cómo sacar a relucir la verdad? Un hombre a todas luces inocente perdió la vida y todo por un pájaro. Debemos ir a Hangchou y una vez ahí sacarle al tipo la verdad, sea como sea”.

Dejemos esto por ahora y veamos cómo Shen Yu retornó a casa donde informó a su esposa: “Estando en la capital oriental logré vengar a nuestro hijo.” La señora Yen preguntó cómo sucedió eso y Shen Yu le relató la historia de pe a pa, principiando con su descubrimiento del pájaro en la Pajarera Imperial. Al ver al tordo la señora Yen soltóse a llorar pues bien es sabido que las cosas pueden traer tristes recuerdos. Pero basta de esto. Al día siguiente, Shen Yu tomó el tordo y se fue a la prefectura para cancelar su permiso de viaje. Ahí informó de todo al prefecto, quien lleno de contento exclamó: “¡Qué afortunada coincidencia! En verdad,

no hagas nada de que tengas que avergonzarte  
¿quién nunca ha logrado escapar a la justicia?”

Sobra decir que el asesinato es crimen que concierne al Cielo y no cuestión que pueda tomarse a juego.”

El prefecto despidió a Shen Yu diciendo: “Dado que el criminal ha sido aprehendido y ejecutado, es posible cremar el féretro. “Shen Yu cremó el féretro y esparció los restos.”<sup>8</sup>

No digamos más sobre esto. Veamos ahora cómo de los dos mercaderes que acompañaron a Li Chi en el viaje a Hangchou con el propósito de vender yerbas medicinales, uno se llamaba Ho y el otro Chu. Los dos mercaderes colectaron algunas yerbas y se fueron directo a Hangchou hospedándose en la posada de Hu chou Su. A toda prisa vendieron su mercancía y con el corazón inquieto entraron en la ciudad, tratando de localizar al tinajero. El día entero se les fue en buscar sin encontrar ni traza, por lo que tristes y acongojados regresaron a la posada a dormir.

A la mañana siguiente, se internaron de nuevo en la ciudad donde por buena fortuna vieron a un hombre con herramientas de tinajero. Llamándole a que se detuviera, dijeron: “Hermano mayor, haz el favor de decirnos si hay aquí otro tinajero, un viejo que es así y asado” pasando entonces a describirlo. “No sabemos su nombre, pero tal vez tú, hermano mayor, conoces a tal individuo.”

“Señores” replicó el hombre “en este lugar hay sólo dos viejos en el oficio de tinajero. Uno se llama Li y vive en el callejón del jardín de granados. El otro se llama Chang y habita al pie de la muralla poniente. No sé a cuál de los dos os referís.”

Los mercaderes le dieron las gracias y dirigieron su búsqueda hacia el callejón del jardín de granados. Ahí y en ese momento, el viejo Li cortaba cuñas de bambú. Los dos le miraron con

detenimiento convenciéndose de que no era el que buscaban. Se fueron después a la muralla poniente. Tras localizar la casa, llamaron a la puerta preguntando por Chang. “No está” respondió la esposa “salió a hacer un trabajo”.

Sin decir más, los dos hombres partieron. Era de tarde y no habían caminado más de media milla cuando a lo lejos vieron a un hombre cargando un barril de tinajero. El destino de este hombre había de ser pagar por la vida de Shen Siu y restaurar la honra de Li Chi. En verdad “difunde bondad y justicia y las encontrarás donde quiera que fueses. No hagas de un hombre tu enemigo, que si un día lo encuentras en un callejón no va a ser fácil volverse atrás”.

Chang se dirigía al sur, de vuelta a casa. Los dos hombres caminaban hacia el norte, así que se encontraron frente a frente, pero Chang no los reconoció. El par supo de inmediato que se trataba de Chang; lo detuvieron preguntando su nombre.

“Mi nombre es Chang Gung” replicó. A esto los mercaderes demandaron: “¿Eres por casualidad el Chang que vive al pie de la muralla poniente?” “En efecto” respondió Chang “¿en qué puedo servirlos?”

“En la posada tenemos un par de cosas que necesitan reparación a manos de un buen tinajero, de ahí que pensáramos en ti, ¿adónde vas ahora?”

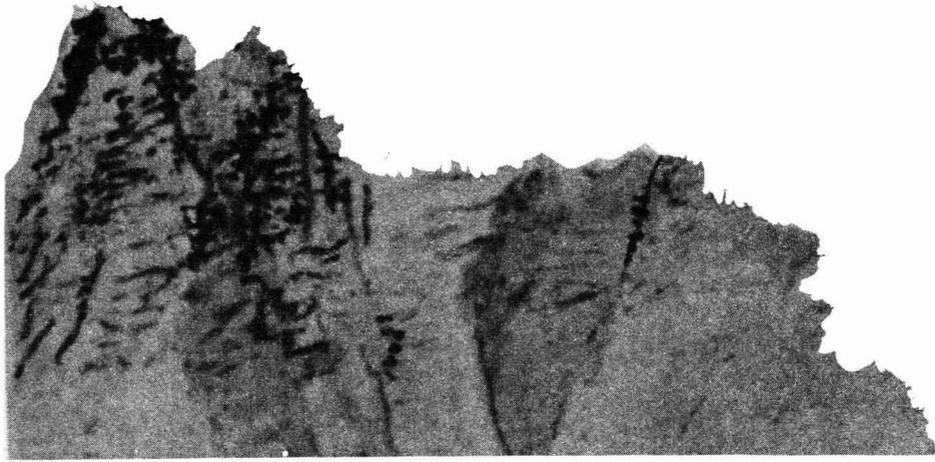
“Me dirijo a casa” fue la respuesta de Chang. Conversando, conversando, los tres llegaron a la puerta de Chang y el tinajero invitó a los dos caballeros a tomar una taza de té. “Se ha hecho demasiado tarde” replicaron “mañana volveremos”. “Si es así, mañana no saldré, sino que os esperaré aquí” dijo Chang.

Los mercaderes se despidieron y al partir no se dirigieron a la posada sino que fueron inmediatamente a la prefectura a presentar una acusación formal. El prefecto acababa de abrir la sesión nocturna del tribunal; los dos entraron y directo fueron a postrarse a los pies del magistrado. Narraron entonces la historia completa de cómo Shen Yu reconoció el tordo, la ejecución de Li Chi y cómo fueron testigos de la transacción por la cual Li Chi compró el tordo a Chang Gung.

“No podemos estar en paz hasta que Li Chi sea vengado. Rogamos a su señoría interrogar detenidamente a Chang Gung y averiguar cómo es que se hizo del tordo.”

El magistrado replicó: “El caso de Shen Siu está resuelto y liquidado; el criminal fue ejecutado. ¿Qué más puede hacerse?”

A esto los mercaderes declararon: “El magistrado de la Gran Corte fue mal orientado en este caso. Consideró al tordo como prueba del crimen, pero no prosiguió al examen detallado del problema. Es a todas luces evidente que Li Chi fue ejecutado debido a un error. En nuestro camino hemos encontrado injusticia y estamos decididos a reivindicar el nombre de Li Chi. Si todo esto no fuese verdad ¿cómo habíamos de atrevernos a molestar a



su señoría? Rogamos que en vuestra gran piedad intervengáis en este caso.”

Viendo que los dos hombres suplicaban con sinceridad, el prefecto ordenó de inmediato el arresto de Chang para esa misma noche. Diríase que

se lanzó el buitre a caza del gorrión

y el tigre a devorar carneros pues esa noche los hombres del tribunal partieron hacia la muralla poniente y poco después entregaban a Chang a la prefectura, las manos atadas a la espalda. El tinajero fue encerrado en la cárcel principal.

Cuando el tribunal se abrió a la siguiente mañana, Chang fue traído a la corte y forzado a arrodillarse. El prefecto dijo: “¿Cuál fue el motivo de que asesinaras a Shen Siu, crimen por el cual había de pagar Li Chi con su vida? Hoy los hechos han sido esclarecidos y la justicia del Cielo prevalecerá.”

El prefecto ordenó que el prisionero fuese fustigado. Chang recibió treinta latigazos hasta que las carnes se le abrieron y la sangre brotó a borbotones. Una y otra vez recibió el látigo sin confesar su culpa.

Los mercaderes y sus dos ayudantes —los que les acompañaron en el primer viaje— le amenazaban: “Aunque Li Chi ha muerto, nosotros cuatro estábamos ahí cuando él compró tu tordo por una onza y dos décimos de plata. ¿A quién vas a inculpar ahora? Si alegas inocencia, di de dónde proviene el tordo. Más te vale decir verdad, pues de ésta evadirte no puedes.”

Con todo Chang Gung insistió en negar la acusación hasta que el prefecto exasperado exclamó: “El tordo prueba tu robo y he aquí cuatro testigos. Si te rehúas a confesar habrá que hacerte probar el triturador de dedos. . .” Aterrado Chang no pudo sino confesar cómo adquirió el tordo y cómo le cortó la cabeza a Shen Siu.

“¿Y qué hiciste de la cabeza?” demandó el prefecto. Chang replicó: “Mi pánico era tal que, al ver el tronco hueco de un árbol cercano puse la cabeza en el agujero. Tomé entonces el tordo y me fui derecho a la puerta de Wu Lin. Ahí encontré a tres mercaderes con dos ayudantes. Uno de ellos quiso comprar el ave por la que recibí una onza y dos décimos de plata. Llevé el dinero a casa y lo gasté. Esta es la verdad.”

El prefecto ordenó a Chang firmar su declaración y envió a sus hombres en busca de Shen Yu. Con Chang bajo custodia todos se dirigieron hacia el parque de sauces para localizar la cabeza. En las calles más de cien vecinos vinieron de todos lados para unirse al grupo en la caminata. Encontraron que, en efecto, en el parque había un árbol con el tronco hueco y cuando los del tribunal terminaron de aserrarlo, la multitud dio un grito de sorpresa al ver dentro del tronco una cabeza humana.

La sacaron del agujero y Shen Yu la miró detenidamente reconociendo que era la de su hijo. El padre lanzó un sollozo

terrible y cayó al suelo, inconsciente por un largo rato. Envolvieron después la cabeza en una manta y todos regresaron a la prefectura, con Chang siempre bajo custodia.

El prefecto declaró: “Una vez encontrada la cabeza, los hechos están claros y la culpa establecida.” Cargado de hierros en pies y manos y con un gran yugo al cuello, Chang fue conducido a la celda de condenados, en espera de la confirmación imperial de la sentencia.

Acto seguido, el prefecto preguntó a Shen Yu: “Los hermanos Gran Apoyo y Pequeño Apoyo ¿dónde se hicieron de una cabeza humana cuando se presentaron por la recompensa? ¿Aquí hay algo más que sospechoso! La cabeza de vuestro hijo ha sido encontrada, ¿de quién es la otra cabeza?”

Inmediatamente dio órdenes a sus hombres de arrestar a los hermanos Huang para interrogarlos. Shen Yu los condujo a la casa en el cerro de Nangao, donde los dos hermanos fueron detenidos y conducidos al tribunal.

Una vez que el par fue forzado a arrodillarse ante el prefecto, éste declaró: “El asesino de Shen Siu ha sido arrestado y la cabeza de Shen Siu recuperada. ¿Quién fue el infeliz cuyo asesinato planeasteis para obtener la recompensa ofrecida por la cabeza? ¿Confesad o seréis torturados!”

Gran Apoyo y Pequeño Apoyo llevaron tal susto que permanecieron con la boca abierta y sin articular palabra. El prefecto enardecido ordenó el uso del látigo. Tras un buen rato, los hermanos insistían en no confesar, en vista de lo cual hubo necesidad de aplicarles hierros al rojo vivo. Tal tortura es imposible de resistir, así que los dos se desvanecieron. Usando agua, los hombres del tribunal los revivieron y aquéllos no pudieron sino confesar la verdad:

“Nuestro padre a más de viejo y enfermo era un hombre que vivía triste. Un día, siguiendo un impulso malsano, lo emborrachamos y le cortamos la cabeza. La enterramos a la orilla del lago Poniente cerca del Pabellón de Lotos y después urdimos la historia para reclamar la recompensa.”

El prefecto preguntó “¿Dónde enterrasteis el cuerpo de vuestro padre?” “Al pie del cerro de Nangao”, respondieron. Al punto, los hermanos fueron conducidos al lugar y tras un poco de excavar apareció el cadáver sin cabeza. Los dos hombres fueron llevados de regreso a la prefectura donde los guardas informaron que, en efecto, había un cadáver sin cabeza en una tumba improvisada al pie del cerro de Nangao.

“¿Cómo es posible que cosas como ésta sucedan!” exclamó con ira el prefecto. “Se trata de un crimen horrible que ofende al Cielo. ¡De la existencia en la tierra de seres tan malvados, la boca se niega a hablar, el oído a escuchar y el pincel a escribir! Traedlos al instante y que sean fustigados a morir en este mismo lugar y momento. Así nos habremos deshecho de ellos, pero



¿cómo expiar tan colosal ofensa?”

A toda voz ordenó a sus hombres iniciar el castigo, sin contar el número de latigazos. Cuando los hermanos perdían el conocimiento, los guardas lo revivían repitiendo la operación una y otra vez. Finalmente cargados de hierros, fueron conducidos a la celda de condenados, en espera de la ratificación imperial de la sentencia.

Shen Yu y los mercaderes volvieron a casa en espera de nuevos acontecimientos, mientras que la prefectura redactó un informe al trono imperial sobre la injusta ejecución de Li Chi.

A su tiempo, el decreto imperial ordenó a la Oficina de Castigos y a la Censura investigar a fondo la conducta del juez de la Gran Corte que interrogó a Li Chi. Como resultado de la investigación, el juez fue reducido al nivel de comunero y exilado a Ling Nan.<sup>9</sup> Li Chi fue declarado inocente y su condena injusta. La familia recibió las condolencias imperiales acompañadas de mil dineros y los descendientes a partir de entonces fueron nombrados oficiales.

Chang Gung por su crimen premeditado y la difamación y muerte de un inocente, fue condenado a ejecución de acuerdo a la ley. Dada la severidad de su crimen, la ejecución había de llevarse a cabo por el proceso lento de los doscientos cuarenta cortes,<sup>10</sup> tras lo cual su cadáver debía ser desmembrado.

Los hermanos Huang, encontrados culpables de parricidio, fueron condenados por igual a ejecución por el proceso lento de los doscientos cuarenta cortes, su cadáver debía ser desmembrado y la cabeza exhibida al pueblo como ejemplo. En verdad,

al claro cielo azul no trates de engañar  
pues antes de que lo pienses, allá lo saben ya.  
No hagas nada de que tengas que avergonzarte  
¿quién nunca ha logrado escapar a la justicia?

Cuando el decreto llegó a la prefectura, magistrado y verdugo montaron a los tres criminales en “mulas” de madera e hicieron saber a toda la ciudad que en tres días había de llevarse a cabo la ejecución por el proceso lento, desmembrando después el cadáver y exponiendo la cabeza al pueblo, a manera de ejemplo.

La esposa de Chang, al enterarse que su marido iba a ser rebanado con doscientos cuarenta cortes, se apresuró al lugar de ejecución con la esperanza de verlo siquiera una vez más. Los

verdugos recibieron orden de empezar. El ver cortar vivos a los criminales, pedazo a pedazo, es algo tan espantoso que ¿quién iba a decirlo? la mujer de Chang horrorizada y medio loca se echó a correr, el cuerpo doblado por la pena. En su huida, resbaló y rodó por el suelo recibiendo heridas muy profundas; apenas llegó a casa, cayó muerta. En verdad,

haz el bien y encontrarás bondad  
colecta infamias y hallarás maldad.  
Si os detenéis a pensar en ello,  
veréis que todo, a fin de cuentas, acaba cual debe ser.

#### NOTAS

1 Nació en Sucou en 1574.

2 John L. Bishop: *The colloquial Short Story in China*, Cambridge Mass., Harvard University Press, 1965, pp. 48-64, Cyril Birch: *Stories from a Ming Collection*, Londres, The Bodley Head, 1958, pp. 153-171.

3 La tortuga abandona sus huevos en la playa, de ahí que los chinos usen a veces su nombre cuando quieren decir ‘mal padre’.

4 Cada barrio tenía un guardián, responsable ante el magistrado del orden y buena conducta de los vecinos a su cargo.

5 Los chinos se rehusaban a enterrar cuerpos mutilados que ofenden por igual a Cielo y ancestros.

6 Las monedas en China tenían un agujero en el centro y eran ensartadas en cordones. De ahí que el texto original diga “mil cordones de dineros”.

7 La pena de muerte sugerida por un juez debía en todo caso ser ratificada por el Trono Imperial antes de que la ejecución pudiese llevarse a cabo.

8 En China se entierra a los muertos. En este caso y dada la impureza del crimen es probable que se considerase impropio enterrar el cadáver de Shen Siu.

9 En el extremo sur de la provincia de Kuantung.

10 El verdugo realizaba doscientos cuarenta cortes manteniendo viva a la víctima hasta el último momento.

